

La valoración que nos merece este *Manual de Patrología* es altamente positiva. En efecto, para aquellos lectores que se inician en esta clase de estudios les servirá para formarse no solo una idea general de la importancia de estos primeros siglos del cristianismo, sino que —y nos parece lo más sobresaliente— el Prof. de Patrología de la Universidad Católica de Paderborn consigue formar científicamente las cabezas de esos lectores, para que puedan acceder directamente y con mejor preparación a los escritos de los autores que en este volumen se presentan. Una segunda razón que nos inclina a valorar positivamente este volumen es la facilidad que presta al lector ya avezado en los estudios patrísticos para acceder a las últimas ediciones críticas de las distintas obras patrísticas que desee consultar y que en este libro se encuentran. Así pues, auguramos los mejores auspicios para esta obra que ha de servir sin duda para un mejor conocimiento de nuestros predecesores en la fe.

Marcelo MERINO

Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, 2ª ed., Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, XX+952 pp., 16 x 23, ISBN 84-88643-33-0.

El título de este voluminoso libro evoca un antiguo y notable debate suscitado en distintas épocas con dos intenciones diversas. En primer lugar, el intento reductivo de identificar el núcleo más válido de la tradición cristiana para despojarla de los elementos que, según los gustos de cada momento y los presupuestos de cada autor, se han juzgado inaceptables o periclitados; es la línea seguida por algunos grandes pensadores ilustrados (Locke, Kant); del idealismo tardío (Feuerbach); o de la tradición protestante liberal (Schleiermacher, Harnack). En segundo lugar, por el interés de identificar lo cristiano dentro del debate interconfesional. En este segundo grupo, se situán, entre otras, las obras de Karl Adam y Romano Guardini.

La de Olegario González de Cardedal conecta, evidentemente, con el segundo grupo, pues se trata de un intento de caracterización de lo cristiano, aunque se hace en un contexto muy distinto del debate interconfesional alemán de los años treinta. El significativo cambio en el título de «esencia» por «entraña», además de un hallazgo estilístico, permite situar toda la cuestión en un nivel menos formal. Y en él puede leerse todo un cambio de mentalidad en la forma de hacer teología.

Desde el punto de vista del género, habría que clasificar este volumen como un ensayo. No pretende ser un resumen de la teología dogmática en un

volumen, al estilo académico alemán, como el clásico de Ott o el reciente de Müller. Sino transmitir una idea orgánica acerca de lo esencial. A diferencia del conciso —y excelente— libro de Guardini (*La esencia del cristianismo*), no se queda sólo en definir el aspecto más esencial de lo cristiano, sino que se extiende es una visión panorámica, con la ambición de recoger todo lo relevante. Como explica el autor, este trabajo «quiere ofrecer un hilo de Ariadna para orientarse en el cristianismo como hecho verificable, idea pensable y propuesta visible» (p. XIII). En este sentido, el libro podría entenderse como un comentario al Símbolo de la fe, no tanto a la letra como —por así decir— al espíritu. Aunque también se recogen desarrollos menores de acuerdo con los intereses del autor.

Este libro, más que otros del mismo autor, tiene características de estilo muy acusadas, que revelan una consciente vocación literaria. Todo en él —las partes en que se divide, el ritmo de los capítulos, la sucesión de las frases y la adjetivación— tiene un claro ritmo ternario (salvación metafísica, histórica, escatológica). Este ritmo (inteligible, creíble, amable) con resonancias trinitarias, históricas y estilísticas, resulta muchas veces brillante, generalmente feliz y, sólo en algunas ocasiones, artificioso, recordando los simpáticos esfuerzos de San Buenaventura por relacionar todo con todo.

El esquema general se compone de una amplia introducción y tres partes, dedicadas a la relación del hombre con Dios, la figura de Jesús-Cristo, y el trinomio Espíritu-Iglesia-mundo. La presentación de la arquitectura resulta sugerente: «El cristianismo une las tres dimensiones: Absoluto y trascendencia (Padre); exterioridad y presencia en la historia (Hijo); Interioridad e inmanencia en la conciencia (Espíritu Santo). *Ser fuera de mí; Palabra frente a mí, y experiencia en mí (...)*. Cristianismo implica, por tanto, *hechos históricos, verdad teológica, y promesa escatológica*» (p. 10). «Partimos, por tanto, de la *exterioridad histórica*, para llegar a la *interioridad personal* y terminar abriendo a la *allendidad metafísica*. El cristianismo supone estos tres órdenes: historicidad, interioridad, trascendencia; pone en juego todos los dinamismos de la persona: memoria, inteligencia y voluntad; actualiza los tres tiempos del hombre: pasado, presente y futuro; abre al misterio de Dios como Principio absoluto (Padre), como Figura en la historia (Cristo), como Don en la interioridad (Espíritu Santo). Esta es la lógica que determina las tres partes del libro» (p. XIII).

En la amplísima introducción, se establece una distinción entre Cristianismo, cristiandad y «cristianía», en cuanto a su contenido religioso y salvífico, su realización social e histórica, y su vivencia personal e interior. Y se hace una larga excursión por el significado de las «entrañas» de Dios reveladas en Cristo.

La primera parte está dedicada a la relación del hombre con Dios, con especial atención al itinerario ideológico de los últimos siglos. Trata el modo de concebir a Dios por parte de la cultura moderna (cap. I); la elaboración teológica que acoge la revelación de Israel y la metafísica griega, oscilando entre la especulación y la mística (cap. II). Y se plantea el acceso a Dios en Jesucristo y la Iglesia, recogiendo el debate sobre la esencia del cristianismo (cap. III) y sobre el modo de entender la Iglesia como lugar de revelación y presencia de Dios (cap. IV). Termina proponiendo un camino de retorno a Dios desde la posmodernidad, que intenta definir muy brevemente (cap. V).

La segunda parte es casi un tratado de cristología, donde recoge lo que se deduce de la historia y las principales dimensiones de la figura de Jesús (VI). Tras un breve ensayo sobre el significado de la Eucaristía, como entrega de Cristo (VII), sigue una amplia reflexión sobre el sentido de su muerte, partiendo de la cuestión histórica e intentando manifestar su alcance universal de revelación y salvación (VIII). Esta parte se cierra con un análisis sucinto del término persona, y otro mucho más amplio sobre el amor (IX).

La tercera parte contiene una síntesis de pneumatología teológica (X); y se extiende tratando todo lo relacionado con la revelación en la vida de la Iglesia (XI); y su aportación a la sociedad civil, en términos que recuerdan *Gaudium et Spes*. Un amplio último capítulo (XIII) acoge todo lo relacionado con la vida nueva que el Espíritu da al cristiano, su acción en el hombre y su proyección escatológica.

Lo más conseguido, para mi gusto, es el esquema general tal como se ofrece en la introducción. Puede haber cierta paradoja interna entre el diagnóstico de la posmodernidad (cap. V) y el tipo de discurso con el que se le quiere manifestar el Dios cristiano. Cabría relacionar mejor los aspectos existenciales del cristianismo (caps. V, IX y XIII). Y en ese contexto, recentrar el Misterio de la Eucaristía (un poco marginalmente tratada), verdadera entraña existencial del cristianismo: presencia de Cristo en la Iglesia, núcleo de su celebración, y expresión de su comunión. Cristo no fundó el cristianismo, sino la Iglesia: por eso, la entraña del cristianismo está viva en el mundo alrededor de la Eucaristía. Pero de nuevo tropezaríamos con la dificultad de relacionar todo con todo. Y no podríamos evitar recordar a Wittgenstein y su aguda conciencia de los límites de lo decible. Bastante se ha hecho con decir lo dicho. Y no es cuestión de extenderse más, a no ser que se pueda decir más con menos.

Juan Luis LORDA